



Hans Christian Andersen

# Las flores de la pequeña Ida

**E** LEJANDRIA



Hans Christian Andersen

Las flores de la  
pequeña Ida

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **LAS FLORES DE LA PEQUEÑA IDA**

**HANS CHRISTIAN ANDERSEN**

**PUBLICADO: 1835**  
**FUENTE: [HTTPS://DA.WIKISOURCE.ORG](https://da.wikisource.org)**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# LAS FLORES DE LA PEQUEÑA IDA

—¡Mis pobres flores están del todo muertas! —dijo la pequeña Ida—. Anoche estaban tan hermosas, ¡y ahora tienen todos los pétalos mustios! ¿Por qué hacen eso? —le preguntó al estudiante, que estaba sentado en el sofá; pues ella le tenía mucho aprecio, él sabía contar las historias más maravillosas y recortaba figuras tan divertidas: corazones con damitas dentro que bailaban, flores y grandes castillos cuyas puertas podían abrirse de verdad; ¡era un estudiante muy alegre! —¿Por qué tienen hoy tan mal aspecto las flores? —preguntó ella de nuevo, y le mostró un ramo entero que estaba completamente marchito.

—¡Pues fíjate si sé lo que les pasa! —dijo el estudiante—. Las flores han estado en un baile esta noche, y por eso están caídas de cabeza.

—¡Pero si las flores no pueden bailar! —dijo la pequeña Ida.

—Claro que sí —dijo el estudiante—. Cuando oscurece y nosotros nos dormimos, ellas saltan alegremente por ahí; casi todas las noches tienen su baile.

—¿Y no pueden ir también los niños a ese baile?

—Sí —dijo el estudiante—, las margaritas pequeñas y los lirios del valle.

—¿Dónde bailan las flores más bonitas? —preguntó la pequeña Ida—. ¿No has ido muchas veces por la puerta grande del palacio grande donde vive el rey en verano, con ese jardín tan precioso lleno de flores? ¿A que has visto los cisnes que nadan hacia ti cuando les quieres dar migas de pan? Allí es donde hay baile de verdad, ¡ya lo creo!

—¡Estuve en ese jardín ayer con mi madre! —dijo Ida—. Pero todos los árboles estaban sin hojas y no quedaba ni una flor. ¿Dónde están? ¡En verano había tantísimas!

—¡Están dentro del palacio! —dijo el estudiante—. Verás, en cuanto el rey y todos los cortesanos se trasladan a la ciudad, las flores se escapan enseguida del jardín y entran al palacio a divertirse. ¡Habría que verlo! Las dos rosas más hermosas se sientan en el trono, y así hacen de rey y de reina. Todas las crestas de gallo rojas se ponen a su lado y se inclinan: son los chambelanes. Luego llegan todas las flores más bonitas y entonces hay un gran baile: las violetas azules hacen de pequeños guardiamarinas, bailan con los jacintos y los crocos, a quienes llaman señoritas. Los tulipanes y los grandes lirios amarillos son las damas de edad que vigilan que se baile con decoro y que todo transcurra como es debido.

—Pero —preguntó la pequeña Ida—, ¿no les pasa nada a las flores por bailar en el palacio del rey?

—¡No se entera nadie del todo! —dijo el estudiante—. A veces, de noche, viene el viejo administrador del palacio, que es el que tiene que vigilar allí fuera; lleva consigo un gran manojito de llaves, pero en cuanto las flores oyen el tintineo de las llaves se quedan completamente quietas, se esconden detrás de las largas cortinas y asoman la cabeza. «Aquí me parece que huele a flores», dice el viejo administrador, pero no puede verlas.

—¡Qué divertido! —dijo la pequeña Ida, y aplaudió—. ¿Y yo tampoco podría ver las flores?

—Claro que sí —dijo el estudiante—. No olvides que la próxima vez que vayas por allá te asomes por la ventana: seguro que las ves.

Yo lo hice hoy: había una narcisa amarilla tumbada en el sofá tan pancha; ¡era una dama de honor!

—¿Y pueden ir también las flores del jardín botánico? ¿Pueden recorrer ese camino tan largo?

—¡Ya lo creo! —dijo el estudiante—. Porque cuando quieren, pueden volar. ¿Es que no has visto nunca las hermosas mariposas, las rojas, las amarillas y las blancas? Parecen casi flores, y en efecto lo han sido; saltaron de sus tallos muy arriba en el aire, batieron los pétalos como si fueran alitas y así echaron a volar; y como se portaron bien, les dieron permiso para seguir volando también de día y no tener que volver a la rama a quedarse quietas, y al final los pétalos se convirtieron en alas de verdad. ¡Tú misma lo habrás visto! Puede muy bien que las flores del jardín botánico no hayan estado nunca en el palacio del rey ni sepan lo animado que está por las noches. Así que ahora te voy a decir una cosa: así el profesor de botánica que vive al lado se va a llevar un susto, ya le conoces. Cuando entres en su jardín, cuéntaselo a una de las flores, que hay un gran baile en el palacio, y esa flor se lo dirá a todas las demás, y entonces salen volando. Cuando el profesor salga al jardín, no habrá ni una sola flor y no entenderá de ninguna de las maneras adónde han ido a parar.

—Pero, ¿cómo puede contárselo la flor a las demás? ¡Si las flores no saben hablar!

—¡Eso es verdad! —respondió el estudiante—. Pero hacen mímica. ¿No te has fijado en que cuando sopla un poco de viento las flores cabecean y mueven todas las hojas verdes? Es tan claro como si hablaran.

—¿Y puede el profesor entender la mímica? —preguntó Ida.

—¡Ya lo creo! Una mañana bajó a su jardín y vio una ortiga grande haciéndole mímica con las hojas a un clavel rojo precioso; le estaba diciendo: «Eres tan bonito y te quiero tanto». Pero esas cosas no le gustan nada al profesor, y enseguida le dio un golpe a la

ortiga en las hojas, que son sus dedos, y entonces se quemó, y desde entonces no se atreve a tocar nunca una ortiga.

—¡Qué divertido! —dijo la pequeña Ida, y se echó a reír.

—¿Hay que meterle esas ideas en la cabeza a la niña? —dijo el aburrido consejero de cancillería, que había venido de visita y estaba sentado en el sofá; no le gustaba nada el estudiante y siempre refunfuñaba cuando le veía recortar esas figuras tan raras y tan graciosas: un hombre colgado de la horca con un corazón en la mano, porque era un ladrón de corazones; una vieja bruja montada en una escoba con su marido encaramado en la nariz. No le gustaba nada al consejero, y por eso decía, como ahora: —¿Hay que meterle esas ideas? ¡Eso es pura fantasía disparatada!

Pero la pequeña Ida encontraba muy divertido lo que el estudiante le contaba sobre sus flores, y no dejaba de darle vueltas. Las flores estaban caídas porque estaban cansadas de haber bailado toda la noche; seguramente estaban enfermas. Las llevó adonde tenía el resto de sus juguetes, sobre una mesita pequeña y preciosa, y el cajón entero estaba lleno de cosas bonitas. En la camita de muñecas estaba su muñeca Sophie, durmiendo, pero la pequeña Ida le dijo: —Tienes que levantarte de verdad, Sophie, y conformarte con dormir esta noche en el cajón; las pobres flores están enfermas y tienen que quedarse en tu cama, a ver si así se reponen. Y sacó a la muñeca de la cama, pero la muñeca puso cara de pocos amigos y no dijo ni una sola palabra, porque estaba enfadada por no poder quedarse en su cama.

Entonces Ida acostó las flores en la camita de muñecas, les arropó bien con la mantita y les dijo que ahora tenían que quedarse muy quietecitas, que ella les haría una infusión para que se recuperaran y pudieran levantarse al día siguiente; y corrió las cortinillas de la camita pequeña para que el sol no les diera en los ojos.

Toda la tarde no pudo dejar de pensar en lo que le había contado el estudiante, y cuando ella misma tuvo que irse a la cama, se acercó primero a las cortinas que caían ante las ventanas, donde

estaban las hermosas flores de su madre, jacintos y tulipanes, y susurró muy bajito: —Sé muy bien que esta noche vais al baile. Pero las flores no dieron muestras de entender nada y no movieron un solo pétalo, aunque la pequeña Ida sabía muy bien lo que sabía.

Ya en la cama, estuvo largo rato pensando en lo bonito que sería ver las hermosas flores bailando allí en el palacio del rey. «¿Habrán ido de verdad las mías?» Pero entonces se quedó dormida. Pasada la medianoche se despertó de nuevo; había soñado con las flores y con el estudiante, al que el consejero de cancillería regañaba y decía que quería meterle ideas en la cabeza. En el dormitorio donde yacía Ida reinaba un silencio absoluto; la lamparilla de noche ardía encima de la mesita, y su padre y su madre dormían.

«¿Estarán mis flores ahora en la cama de Sophie?», se dijo. «Cuánto me gustaría saberlo.» Se incorporó un poco y miró hacia la puerta, que estaba entornada; allí dentro estaban las flores y todos sus juguetes. Aguzó el oído, y entonces le pareció oír que dentro del cuarto tocaban el piano, pero muy suavemente y más bonito que nunca.

—¡Ahora están bailando todas las flores ahí dentro! —dijo—. ¡Ay, Dios mío, cómo me gustaría verlo! Pero no se atrevía a levantarse, porque así despertaría a su padre y a su madre. —Si por lo menos vinieran ellas aquí —dijo; pero las flores no vinieron y la música siguió sonando con tanta delicadeza que ella no pudo resistirse, porque era demasiado hermoso; se deslizó fuera de su camita y fue muy callandito hasta la puerta y se asomó al cuarto. ¡Vaya, qué cosa tan divertida la que vio!

No había ninguna lamparilla allí dentro, pero estaba perfectamente iluminado; la luna brillaba a través de la ventana derecha sobre el suelo; era casi como si fuera de día. Todos los jacintos y los tulipanes estaban en dos hileras largas en el suelo; ya no había ninguno en la ventana, los tiestos estaban vacíos; allá abajo en el suelo bailaban todas las flores muy graciosamente en círculos, se cogían de las manos haciendo cadenas y se agarraban de las largas hojas verdes cuando giraban. Pero junto al piano estaba sentado un

gran lirio amarillo que la pequeña Ida estaba segura de haber visto en verano, porque recordaba bien que el estudiante había dicho: «¡Mira qué parecido tiene con la señorita Line!», y todos se habían reído de él. Ahora a Ida también le parecía de veras que aquella flor amarilla y alargada se parecía a la señorita, y se comportaba de la misma manera al tocar: ora inclinaba a un lado su alargado rostro amarillo, ora al otro, y marcaba el compás de la preciosa música con la cabeza. Nadie reparó en la pequeña Ida. Luego vio un gran croco azul saltar justo al centro de la mesita donde estaban los juguetes, ir derecho a la camita de muñecas y descorrer las cortinas; allí yacían las flores enfermas, pero se incorporaron enseguida y saludaron con la cabeza a las demás para hacerles saber que también ellas querían bailar. El viejo hombre del humo, cuyo labio inferior estaba roto, se puso en pie e hizo una reverencia a las bonitas flores; ellas no tenían ningún mal aspecto, saltaron entre las demás y se pusieron muy contentas.

Fue como si algo cayera de la mesa; Ida miró en esa dirección: era el ramo de carnaval que saltaba al suelo, pues también él pensaba que pertenecía a las flores. Era también muy bonito, y encima llevaba una muñequita de cera con exactamente el mismo sombrero ancho en la cabeza que el que llevaba el consejero de cancillería. El ramo de carnaval dio saltos en sus tres patitas rojas de madera metiéndose entre las flores y pisando con fuerza, porque bailaba la mazurca, y ese baile las otras flores no podían bailarlo, pues eran demasiado ligeras y no sabían pisar fuerte.

La muñequita de cera que iba encima del ramo de carnaval de repente se fue haciendo cada vez más alta, se dio la vuelta por encima de las flores de papel y gritó muy fuerte: «¿Hay que meterle esas ideas en la cabeza a la niña? ¡Eso es pura fantasía disparatada!» Y entonces la muñequita de cera era igual que el consejero de cancillería con su sombrero ancho, con la misma cara amarilla y avinagrada. Pero las flores de papel le golpearon en las delgadas piernas, y entonces volvió a encogerse y se quedó en una muñequita de cera diminuta. Era tan divertido de ver que la pequeña Ida no podía contener la risa. El ramo de carnaval siguió bailando y

el consejero tuvo que bailar con él, tanto si se hacía grande y largo como si volvía a ser la muñequita de cera amarilla con el sombrero negro y grande. Las demás flores intercedieron entonces por él, especialmente las que habían estado en la camita de muñecas, y entonces el ramo de carnaval lo dejó en paz. En ese momento se oyeron unos golpes fuertes dentro del cajón donde estaba la muñeca Sophie de Ida junto a muchos otros juguetes; el hombre del humo corrió hasta el borde de la mesa, se tendió boca abajo a lo largo y fue sacando el cajón un poquito. Sophie se incorporó y miró a su alrededor muy sorprendida. —¡Aquí hay un baile! —dijo—. ¿Por qué no me ha avisado nadie?

—¿Quiere bailar conmigo? —dijo el hombre del humo.

—¡Pues sí que eres un buen partido para bailar! —dijo ella, y le dio la espalda. Entonces se sentó en el cajón y pensó que alguna de las flores vendría a sacarla a bailar, pero no vino ninguna; entonces tosió, ejem, ejem, ejem, pero aun así no vino ninguna. El hombre del humo bailó completamente solo, y no lo hacía del todo mal.

Como ninguna de las flores parecía fijarse en Sophie, se dejó caer del cajón al suelo de golpe, con gran estrépito; todas las flores acudieron corriendo a su alrededor y le preguntaron si se había hecho daño, y todas fueron muy amables con ella, especialmente las flores que habían dormido en su cama; pero ella no se había hecho nada, y las flores de Ida le dieron las gracias por la cama tan bonita y la quisieron muchísimo, la llevaron hasta el centro del suelo donde brillaba la luna, bailaron con ella, y todas las demás flores formaron un corro alrededor. Ahora Sophie estaba contenta y dijo que bien podían quedarse con su cama, que ella no le hacía ningún caso al cajón.

Pero las flores dijeron: —Te lo agradecemos muchísimo, pero no podemos vivir tanto. Mañana estaremos del todo muertas. Pero dile a la pequeña Ida que nos entierre en el jardín, junto al canario, y entonces en verano volveremos a crecer y seremos mucho más bonitas.

—¡No, no os podéis morir! —dijo Sophie, y entonces besó las flores; en ese momento se abrió la puerta del salón y entró bailando un montón de flores preciosas; Ida no se podía imaginar de dónde habían salido; seguramente eran todas las flores del palacio del rey. Al frente iban dos rosas preciosas con pequeñas coronas de oro, eran el rey y la reina; luego venían los alhelíes y los claveles más delicados, que saludaban a todos lados. Traían música consigo; unas grandes amapolas y unas peonías soplaban en vainas de guisante tan fuerte que se les ponía la cara colorada. Los campanillas azules y los pequeños jazmines blancos tintineaban como si llevaran cascabeles. Era una música muy alegre. Luego llegaron otras muchas flores y todas bailaron juntas: las violetas azules y las margaritas rojas, las margaritas pequeñas y los lirios del valle. Y todas las flores se besaron unas a otras; era precioso de ver.

Al final las flores se dieron las buenas noches, y entonces la pequeña Ida también se deslizó de vuelta a su cama, donde soñó con todo lo que había visto.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, fue corriendo a la mesita pequeña para ver si las flores seguían allí. Descorrió las cortinillas de la camita pequeña; sí, allí estaban todas, pero completamente marchitas, mucho más que el día anterior. Sophie estaba en el cajón donde ella la había puesto, con cara de mucho sueño.

—¿Te acuerdas de lo que tenías que decirme? —dijo la pequeña Ida, pero Sophie puso cara de no entender nada y no dijo ni una sola palabra. —No eres nada buena —dijo Ida—, y encima todas bailaron contigo. Entonces cogió una cajita de papel con unos pájaros preciosos pintados, la abrió y metió dentro las flores muertas. —Esta será vuestra bonita caja de muertos —dijo—, y cuando vengan los primos noruegos, os ayudarán a enterraros en el jardín para que en verano volváis a crecer y seáis todavía mucho más bonitas.

Los primos noruegos eran dos chicos muy animados que se llamaban Jonas y Adolph; su padre les había regalado dos ballestas

nuevas y las habían traído para enseñárselas a Ida. Ella les contó lo de las pobres flores que habían muerto, y les dio permiso para que las enterraran. Los dos chicos iban delante con las ballestas al hombro y la pequeña Ida detrás con las flores muertas en la cajita tan bonita; en el jardín les excavaron una pequeña tumba; Ida besó primero las flores, las metió luego con la cajita en la tierra, y Adolph y Jonas dispararon sus ballestas sobre la tumba, pues no tenían fusiles ni cañones.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**